

“Transfiguración del Señor”**Marcos 9:2-10:**

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan, y los llevo a ellos solos a un monte elevado. Allí se transfiguró en presencia de ellos. Sus vestiduras se volvieron resplandecientes, tan blancas como nadie en el mundo podría blanquearlas. Y se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Pedro dijo a Jesús: “Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Pedro no sabía qué decir, porque estaban llenos de temor. Entonces una nube los cubrió con su sombra, y salió de ella una voz: “Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo”. De pronto miraron a su alrededor y no vieron a nadie, sino a Jesús solo con ellos. Mientras bajaban del monte, Jesús les prohibió contar lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Ellos cumplieron esta orden, pero se preguntaban qué significará “resucitar de entre los muertos.””

Antes del relato que narra san Marcos en esta porción del evangelio, Jesús había anunciado a sus discípulos por primera vez su Pasión, muerte y resurrección. Y seis días después los lleva a un monte elevado, donde se transfiguró delante de la presencia de ellos (v.2). El evangelista Marcos comenta qué significa que Jesús se transfiguró. Cuenta que cambió el aspecto físico de Jesús: *“Sus vestiduras se volvieron resplandecientes, tan blancas como nadie en el mundo podría blanquearlas.”* El aspecto luminoso, celestial, de Jesús, contrasta con lo que hasta entonces conocían de su maestro: él era un simple carpintero de Nazaret, que vivía de acuerdo a las costumbres del pueblo de Israel, un varón correcto delante de Dios, pero que de algún modo especial enseña con autoridad, reprende a los espíritus impuros y estos salen de las personas, cura a la gente de diversas dolencias físicas, reprende a los soberbios, y consuela a los que sufren. Poco antes Jesús les había preguntado: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Pedro le respondió: Tú eres el Mesías” (Mc 8:2). A pesar de esto, todavía no alcanzaban a comprender el significado y el alcance de estas palabras. Jesús se transfigura delante de Pedro, Santiago y Juan para enseñarles a ellos, y nosotros hoy, qué tipo de Mesías y Salvador es él y cuál es la obra que vino a cumplir en este mundo.

Cuenta que, tan pronto como las vestiduras de Cristo se volvieron resplandecientes “se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús” (v. 4). Elías representa a las escrituras proféticas del Antiguo Testamento, que anunciaron el mensaje de Dios anticipando la llegada del Mesías o Cristo, del Elegido de Dios para salvar a Israel de la esclavitud del pecado, de la muerte eterna y de satanás. Por otra parte, Moisés representa a la Ley que Dios entregó a Israel a fin de que viviera de acuerdo a la voluntad divina, y que se resume en los Diez Mandamientos. Tanto las profecías del Antiguo Testamento como la Ley de Dios se cumplieron en Jesús. El pueblo de Dios no pudo cumplir la Ley ni observar sus preceptos, tampoco cumplió las profecías; sino que la Ley y los Profetas del Antiguo Testamento apuntan a Uno que sería “Dios con nosotros”, el Emanuel, Aquel que cargaría con los pecados de muchos, aunque no fue hallada mentira en su boca. Antes bien, la Ley y los profetas nos condenan. Dice en Isaías 53: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino”. En cambio, de Cristo se dice: “Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Aquí, en estas palabras, se puede ver que ya el Antiguo Testamento anuncia que vendrá un Testamento Nuevo, anticipa que Dios hará un Nuevo Pacto con los hombres. Esta Nueva Alianza tendrá como mediador y pago por el pecado, no el sacrificio de chivos y corderos, sino la sangre del Cordero de Dios, a favor de toda la humanidad. El Mesías Jesucristo, a fin de rescatar a la humanidad, debería pasar por la pasión, muerte y resurrección.

En el monte elevado, Jesús les reveló a sus discípulos Pedro, Santiago y Juan, un anuncio de la resurrección futura, que estaba por realizarse, una vez que hubiera padecido en Jerusalén. Sin embargo, ellos no entendieron que Jesús resucitaría hasta que Jesús mismo se les apareció

resucitado y con un cuerpo glorificado. Cristo, mediante su transfiguración, les estaba señalando a su vez que en él hallaban cumplimiento las Sagradas Escrituras, que estas señalan una y otra vez a Él, y del Nuevo Pacto que se escribiría, no con tinta, no en tablas de piedra, tales como entregó Dios a Moisés en el monte Sinaí, sino “con el Espíritu del Dios viviente..., es decir, en los corazones” (2º Co. 3:3b), por medio del ministerio de la Palabra.

Por lo tanto, estén prevenidos, porque hay dando vuelta por ahí falsos predicadores que se comportan como enemigos de la cruz de Cristo, que tuercen las Escrituras a su antojo, y que confunden a la gente y la llevan a la miseria espiritual. De esos falsos predicadores, ¡huyan!, porque son ladrones y asesinos de almas, como el padre de ellos, el diablo. Ellos no permiten que Cristo resplandezca en los corazones y que la gente se convierta de la mentira a la verdad divina.

“Pedro dijo a Jesús: “Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Pedro no sabía qué decir, porque estaban llenos de temor” (Mc 9:5-6). Si Dios se nos apareciera con todo su poder y gloria, esa sería también nuestra reacción. La santidad de Dios contrasta con nuestras imperfecciones, y nos da temor el hecho de que deba castigarnos, ya que su ley acusa a nuestra conciencia de que no hemos hecho bien las cosas.

Esto demuestra la necesidad que se tiene cada día del perdón de Dios. Porque una conciencia aturdida o que no encuentra paz puede llevar, como a Pedro, a cometer actos insensatos, a proceder de maneras cada vez peores y tontas. Ante la gloria de Dios, Pedro no supo qué decir. Así también debemos proceder nosotros. No vale de nada presentarle excusas a Dios por nuestros actos sin sentido. No intentemos justificarnos a nosotros mismos cuando Dios nos muestra el error. Mejor es reconocerlo y pedir perdón, como dice el Salmo 50:6, 15 acerca de Dios: “Los cielos declararán su justicia”... “Invócame en el día de la angustia, te libraré y tú me honrarás”.

“Entonces una nube los cubrió con su sombra, y salió de ella una voz: “Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo”. De pronto miraron a su alrededor y no vieron a nadie, sino a Jesús solo con ellos” (Mc 9:7-8). Dios, cuando pedimos perdón, provee el remedio para nuestra alma. Dice: “Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo”. Dios Padre, en su amor inmenso, le lleva a los discípulos de Cristo a poner la mirada y el oído en Cristo. No en tu propio sentir, sino en la palabra de Cristo. Una vez que hemos confesado el pecado, es a él a quien debemos oír, porque “la fe [en el perdón] viene por el oír, y el oír, por la palabra de Cristo” (Ro 10:17). Las acusaciones de la Ley y de los profetas deben terminar, y la voz de la conciencia debe entonces callarse para oír a Jesús, que, a solas con nosotros, dice: “Yo te perdono”.

Al comienzo del ministerio terrenal de Cristo, también se oyó una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo muy querido”. Del mismo modo, al comienzo de la vida cristiana esa voz de Dios Padre le fue dicha a cada uno de ustedes en su Bautismo. Allí fueron incorporados al bautismo de Cristo, es decir, a su muerte y resurrección, y hechos un pueblo de sacerdotes que ofrecen sacrificios agradables a Dios, es decir, una vida consagrada a él, como resultado de la salvación recibida.

De alguna manera, hoy estamos celebrando anticipadamente la principal fiesta cristiana, la Pascua. Pero también, la Pascua se hace vigente semana tras semana, cuando nos reunimos para celebrar y anunciar la salvación del Señor mediante la Palabra predicada y enseñada y mediante la Santa Cena. Porque la Santa Cena es verdaderamente el Nuevo Pacto, el Nuevo Testamento de Dios con los hombres gracias a Jesucristo que se inauguró con la Pascua. La Santa Cena es la celebración de esa Pascua, siendo constantemente actualizada entre nosotros. Vivamos, entonces, el tiempo de Cuaresma que ahora comienza, no apenas con la mirada puesta en los sufrimientos del viernes santos, no apenas en los sufrimientos de mi propia existencia diaria. Pensemos y disfrutemos también de los beneficios de ese sufrimiento de Cristo, es decir, en el fruto y en el regalo celestial que su Cuerpo y Sangre trae para los pecadores arrepentidos para el tiempo presente: perdón, reconciliación, paz, justicia, fe, vida, salvación, y esperanza en el futuro Reino de Dios.